

Texto **CAROLINA COUSO**

Hablamos con **ALEJANDRO**, hijo de Alejandro Hernández Cuesta, asesinado por ETA en Irún el 30 de noviembre de 1978

“LLEVO TODA LA VIDA ESPERANDO QUE SE HAGA JUSTICIA CON EL ASESINATO DE MI PADRE”

EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1978 ETA MATABA A ALEJANDRO HERNÁNDEZ CUESTA. 34 AÑOS DESPUÉS SUS ASESINANOS SIGUEN SIN SER IDENTIFICADOS.

Alejandro Hernández Barrantes tiene hoy 45 años, es el quinto de ocho hermanos, y lleva desde los 11 años esperando que se haga Justicia con el asesinato de su padre. Su madre, Julia, y el resto de sus hermanos, comparten con él la sensación de abandono y el sentimiento de impotencia al saber que los asesinos de su padre nunca han pagado por el crimen cometido. Alejandro nunca olvidará el 30 de noviembre de 1978. Como cada día, al salir del colegio se dirigió a su casa. Pero, a diferencia del resto de días, cuando llegó al portal, vio que había mucha gente, vecinos y policía, no sabía que había pasado, pero su hermana le sacó pronto del desconcierto: “han matado a papá”, le dijo. Con estas palabras Alejandro dejó atrás su infancia con once años, para convertirse en un pequeño hombrecito más en su casa.

Hacia la una del mediodía del día 30 de noviembre de 1978 la banda terrorista ETA asesinaba en Irún a Alejandro Hernández Cuesta, conserje en el Centro Nacional de Formación Profesional Administrativa de Comercio Exterior del barrio de Anaka. Según testigos presenciales, un hombre y una mujer entraron en la escuela preguntando por Alejandro, que fue avisado por uno de los profesores. Así, al acercarse a la puerta de acceso al centro y, sin mediar palabra, los dos etarras dispararon contra él. Alejandro, que fue alcanzado por siete impactos de bala, se desplomó en el suelo mientras los autores se daban a la fuga, abandonando apresuradamente el centro escolar. Una



vez fuera del recinto se subieron a un automóvil que les esperaba en las inmediaciones con el motor en marcha y una tercera persona al volante. El coche, un Seat 1430 de color rojo, había sido robado momentos antes de que se cometiese el atentado, para ser abandonado en el centro de Irún esa misma tarde.



Los terroristas sabían que a esas horas las puertas de la Escuela de Comercio Exterior estaban abiertas ante la inminente salida de los alumnos. Así, pues, tuvieron libre acceso a las dependencias del centro, al que entraron a cara descubierta.

Esa misma tarde, la banda terrorista ETA reivindicó el asesinato de Alejandro Hernández mediante llamada telefónica a diversos medios de comunicación vascos.

Alejandro Hernández Cuesta, de 43 años, era natural de la localidad cacereña de Jerte. Estaba casado y tenía ocho

hijos con edades comprendidas entre los 18 años y los 17 meses. Además de ser conserje del Centro de formación en Comercio Exterior desde hacía seis años, Alejandro era propietario de un bar.

“Nadie nos ayudó después de la muerte de mi padre”, nos comenta Alejandro, “todo el mundo nos dio la espalda y se olvidó de nosotros”. Incluso tuvieron que cerrar el bar que había abierto su padre, ya que la clientela no acudía probablemente por miedo. “Fueron tiempos muy difíciles, sobre todo para mi madre”.

Alejandro Hernández, junto a su madre, en una celebración familiar.

Los asesinos de Alejandro Hernández nunca han sido identificados, por lo que tampoco han sido juzgados. “Es mantener la herida abierta eternamente”, dice su hijo



Julia, un ejemplo de lucha

Alejandro, durante toda la entrevista, nombra incontables veces a su madre, siempre desde el cariño y el agradecimiento, con una ternura y admiración infinitas, recordando episodios vividos que, seguro, no debieron de ser fáciles. “Mi madre tenía ocho hijos que alimentar, el mayor tenía 18 años, y ella acababa de cumplir los 37”.

Alejandro nos comenta que solamente dos de sus hermanos trabajaban por aquel entonces, y que su madre no cobraba pensión alguna, por lo que su situación económica no era la más deseable. “Incluso, cuando llegó el momento de que mis dos hermanos mayores hicieran el Servicio Militar, mi madre pidió a las autoridades que

los eximieran, ya que eran los únicos que traían ingresos a casa, pero ni siquiera entonces se acordaron de nosotros, y mis hermanos tuvieron que hacer la mili”. Alejandro sigue relatándonos nuevos pasajes de su vida, como si viajase al pasado y pusiera voz a sus vivencias. Así, nos comenta que con tan sólo quince años tuvo que buscar un trabajo para contribuir económicamente en su casa, “hoy ha estado aquí mi sobrino de quince años y me doy cuenta de que es solo un niño, pero yo con su edad me fui a trabajar en un circo que pasó por Irún, porque en mi casa éramos muchos y había poco dinero”.

El paso del tiempo no ha cerrado del todo la herida que se abrió en esta familia el 30 de noviembre de 1978 ya

“Nadie nos ayudó después de la muerte de mi padre”, nos comenta Alejandro, “todo el mundo nos dio la espalda y se olvidó de nosotros”



La ayuda de sus ocho hijos fue crucial para la viuda de Alejandro Hernández.

que, como nos comenta Alejandro, “siempre ha estado abierta: con cada atentado, con cada víctima”.

Es necesario hacer Justicia

Para Alejandro y su familia hay una cuestión fundamental que no se ha resuelto todavía, a pesar de que han pasado más de 33 años. Así, Alejandro hace referencia al hecho de que los asesinos de su padre nunca han sido identificados, por lo que tampoco han sido juzgados.

Hace unos meses Alejandro, junto a otras víctimas pertenecientes a COVITE, fueron a la Audiencia Nacional a recabar información sobre los expedientes de sus respectivos familiares. “Esta ha sido la única información que yo he recibido sobre el asesinato de mi padre. Entonces fue cuando supe que le habían disparado siete veces, y que no se había investigado absolutamente nada porque, según el expediente, en febrero de 1979 el caso estaba cerrado y concluso”

El abandono y el olvido sufrido a lo largo de todos estos años tampoco se verá resarcido con la satisfacción de ver a los asesinos entre rejas. “Ni siquiera tendremos la oportunidad de ver que se ha hecho justicia”, nos comenta, “además, si se quiere hacer ver que todas las víctimas somos iguales, no se pueden hacer agravios entre ellas, la vida de mi padre no vale menos que la vida de cualquier otra víctima”.

Existen 314 casos de asesinatos terroristas que no han sido resueltos por la Justicia. Esto supone que más de 40% de los asesinatos cometidos por ETA hayan quedado impunes para sus autores. “Es mantener la herida abierta eternamente”, y es que nadie ha pagado por estos crímenes. Además, las indemnizaciones recogidas por la ley en estos casos también serán menores, ya que no se contemplarán la indemnización en concepto de responsabilidad civil.

Alejandro, como muchas otras víctimas, cree que los casos de asesinato no deberían prescribir porque “si por casualidad se encontrase ahora a los asesinos de mi padre, sus delitos ya habrían prescrito y eso no me parece justo. Las víctimas siempre seremos víctimas, pero los asesinos deben de pagar con lo que diga la Justicia por sus asesinatos”

Sobre el cese definitivo de la violencia etarra, declarado hace unos meses por la propia banda terrorista, Alejandro es claro “Ojalá lo hubieran hecho antes, y así habrían ahorrado mucho sufrimiento a tantas familias”. Aunque se muestra preocupado ante la posibilidad de que conlleve algún proceso de negociación que suponga beneficios para los etarras o el acercamiento de los presos. “No se pueden hacer concesiones, ni ahora ni nunca. Hay que cuidar más a las víctimas”. ■